Día 13

SALMO 116

«Yo amo al Señor porque él escucha mi voz suplicante»
(Sal. 116:1).

Este es un salmo de gran consuelo en tiempos de angustia. Es un cántico elevado al Señor en gratitud a una oración respondida, un himno a la bondad de Dios. En tiempos difíciles, el Salmo 116 se convertirá en tu oración predilecta. En medio de muchos temores, estos versos han hablado a mi corazón, y espero que hablen al tuyo también. El salmista empieza con la conclusión. Ama al Señor, porque ha escuchado sus súplicas (v. 1) y se compromete a invocar Su nombre todos los días de su vida (v. 2).

Los salmos muchas veces elevan oraciones al Señor pidiendo protección sobre nuestros enemigos, pero en esta ocasión, el peor de los enemigos está al acecho. El creyente se halla rodeado por las ligaduras de la muerte, las angustias del sepulcro lo han encontrado, hay angustia y dolor (v. 3). En días de profunda oscuridad, recuerda que el Señor es tu pastor (v. 4). Clama al cielo. Dile al Señor que libre tu alma, aun en valle de sombra de muerte (Sal. 23:4). Como creyentes podemos levantar nuestras súplicas a Dios, y sabemos que nos escucha. No nos escucha porque deba hacerlo, o porque seamos merecedores de ello. Nuestra paz reside en Su carácter, no en el nuestro. El salmista clama: «¡Te ruego, Señor, que me salves la vida!» (v. 4), porque sabe que «el Señor es compasivo y justo» (v. 5). El Señor escucha el clamor de sus siervos cuando se postran ante Él. Si nos hacemos como niños, si nos humillamos ante Su trono, Él guarda a los sencillos, levanta a los postrados, salva a los atribulados (v. 6).

Entonces, ante la respuesta del Señor, ya no tiene sentido estar ansioso. El salmista, como en el Salmo 42:11, habla consigo mismo diciéndole a su

alma que vuelva a su reposo porque el Señor le ha colmado de favores (v. 7). La muerte llamaba a la puerta, y ahora apreciamos con gozo cada día de vida. El Señor nos libra del sepulcro, de las lágrimas, de que nuestros pies resbalen (v. 8). Nuestras almas ven la respuesta del Señor, y le atribuyen a Él todo el mérito. Huye de la tentación de pensar que pudiera haber mérito en ti, o que al fin y al cabo los problemas vienen y van.

El salmista expresa cuál ha de ser nuestra actitud ante la respuesta soberana de Dios. Él nos ha librado de la muerte, Él es nuestro ayudador poderoso y, por tanto, hemos de invocar Su nombre para darle gloria y publicar Su grandeza en la congregación de los redimidos (vv. 13-14; 18-19). No lo olvides querido hermano: somos sus hijos. Nuestra vida es preciosa a sus ojos. Si vivimos, para Él vivimos. Si nos ha dado más días de vida, salud, fuerzas y voz, es para entonar sus alabanzas (vv. 16-17). Y si morimos, para Él morimos, pues «mucho valor tiene a los ojos del Señor la muerte de sus fieles». Si Él nos llama mediante la muerte, el morir es ganancia, pues no hay bien más precioso que contemplar Su gloria.